

NOTA DE LA AUTORA

A pesar de mi nombre muy gringo, queridos lectores, soy española. Mi mamá se crio en un pequeño pueblo de Galicia, y aunque yo nací muy lejos de allí, siempre me he sentido muy cercana a España. De pequeña y de adolescente, el mes de junio se me hacía eterno esperando a que se terminara el curso en Estados Unidos para que pudiera viajar con mis padres y mi hermano a la «terriña». Solíamos quedarnos dos meses enteros, justo el tiempo de aprenderme todos los éxitos del verano y bailarlos cien veces en las discotecas.

Entre los trece años y los veinticuatro, no falté ni un verano en España, menos el que me dio por ir a China. Me fui en un vuelo directo, y aunque no veía la hora de estirarme tras catorce horas metida en un tubo de metal, cuando el piloto anunció que empezábamos el descenso hacia Shanghái, no quería aterrizar. Estaba completamente aterrorizada. No hablaba chino, no conocía a nadie, y no tenía muy claro por qué había decidido pasar mis vacaciones sola en un país tan lejano. Recuerdo que iba con un pequeño libro de imágenes (baño, tren, taxi, restaurante, parque) del cual pensaba servirme para comunicarme, ya que estamos hablando de tiempos pre 3G. ¡Qué poco me sirvió para expresar

las preguntas mucho más complejas que me surgieron nada más llegar!

El resto de la historia está en las páginas que siguen. Basta con decir que ese viaje atrevido me cambió la vida, y marcó el principio de una fascinación con un país al cual le tengo casi tanto cariño como a España.

Julio de 2023

Prólogo

Nada más terminar el Año Nuevo chino, volví a la oficina de la cadena de televisión de Pekín en la que trabajaba para descubrir que mis compañeras, normalmente animadas, estaban de un humor de perros. Incluso Shan Shan, la productora que siempre hablaba a gritos, había bajado el tono varios decibelios y, para ser un lunes por la mañana, se mostraba inusitadamente maternal.

—¿Habéis tenido unas buenas vacaciones? —pregunté.

Me respondieron con sonrisas forzadas, asentimientos desganados, y me pasaron una bolsa medio vacía de bolitas de sésamo que había estado rodando por la sala de redacción. Desconcertada, fui a ver a una de las supervisoras de la cadena, que tenía unos diez años más que la mayoría de las mujeres de la plantilla.

—Están tristes porque están solteras y sin compromiso —me dijo, como si tuviera todo el sentido del mundo.

Me dejó pensando si la versión china del señor Darcy había estado en Pekín, o si el Partido Comunista chino había repartido millones de lunas de miel gratuitas a las Maldivas.

Ese mismo día, algo más tarde, cuando fui a almorzar con Shan Shan, descubrí que el Año Nuevo chino es famoso

por ser la época del año en la que se llenan sobres rojos con dinero para los más jóvenes, hacen *jiaozi* al vapor y los solteros mojan. Como gran apoteosis del calendario lunar chino, y como el periodo de vacaciones más largo del año que pueden coger la mayoría de los trabajadores chinos, la fiesta de Año Nuevo viene acompañada de una migración en masa de más de trescientos millones de personas que regresan a casa para celebrarlo y encender bengalas con la familia. Mientras los clanes se juntan para comer, beber, jugar y pasarlo bien, es común que los arreglos matrimoniales sean el centro de atención. Reunidos en torno a las mesas «engalanadas con cabezas de pescado», suelen asaltar a los solteros de más de veinticinco con ofertas bienintencionadas, pero a menudo totalmente equivocadas, de citas a ciegas. Sobre todo, el punto de mira de la ofensiva matrimonial se fija en las mujeres, ya que se considera imperativo que den el sí a cierta edad para no correr el riesgo de convertirse en *sheng nü* o, traducido de manera literal, «mujeres sobras», desechadas.

Además de encontrar bastante ofensivo que se refirieran a mis compañeras (la mayor había cumplido los veintisiete hacía unos días) como si fueran la bolsita de las sobras de la comida, me costaba entender por qué ocurría esto en la China moderna, la economía¹ más potente del mundo y que, casualmente, también está poblada por seiscientos cincuenta millones de mujeres. Se trata de la población femenina más grande del planeta. En un país donde, hasta hace poco, las mujeres tenían pocas libertades personales, sociales, económicas e incluso bípedas (entiéndase, se les vendaban los pies), mis

1 Según el FMI, la economía de China es la segunda más potente del mundo por el PIB nominal y la primera en paridad de poder adquisitivo. (*Todas las notas son de la autora*).

compañeras eran una anomalía sorprendente. Eran una escuadrilla de mujeres jóvenes bien preparadas e independientes que hacían cosas que sus madres y abuelas jamás habrían soñado. A mi entender, eran las heroínas de la nación: un testimonio brillante del aumento de las oportunidades educativas y profesionales de las que habían hecho acopio las mujeres chinas durante los últimos treinta años, aunque aquella etiqueta aplicada a las solteras indicaba claramente lo contrario.

En el despacho, me fijé en que pasaba la mayor parte del tiempo rodeada de un equipo asombroso de escritoras, editoras, directoras y productoras jóvenes como Shan Shan. Como es natural, en el transcurso de los vuelos con retraso a Mongolia Interior, los trenes nocturnos a Shanghái y las delirantes horas extra en la oficina de Pekín, nos hicimos amigas. Poco a poco, me puse al tanto de sus conversaciones más personales —las que tienen chicha— sobre intimidades familiares, aspiraciones y, sobre todo, vidas amorosas. Cuanto más aprendía de las excentricidades de sus citas y de la complejidad del cortejo, más me confundía, sorprendida por lo que parecía ser una inconsistencia evidente.

Por aquel entonces, en 2010, los reportajes sobre las mujeres chinas en los medios occidentales irradiaban optimismo. Según indicaban artículos publicados en *Forbes*, *Newsweek* y *Time*, las mujeres chinas estaban en su mejor momento. Representaban el porcentaje más alto de multimillonarias hechas a sí mismas en el mundo. Del total de alumnos que se presentaban a la prueba de admisión en Administración de Empresas, el 63% eran mujeres, y obtenían el máster en Dirección de Empresas con una ferocidad que hacía ruborizar a los chicos. Según el Instituto Nacional de Estadística de China, el 71% de las mujeres del país entre dieciocho y sesenta y cuatro años tenían trabajo, y representaban el 44%

de la población activa. Pronto, iban a enviar a la primera mujer al espacio.

Por lo que pude observar, todo esto era cierto. A nivel profesional, estas mujeres eran tan tenaces a la hora de llegar hasta el límite de lo que les permitía su mitad del cielo que, en lo que a mí respecta, todas eran astronautas. Y, aun así, a nivel personal y, en especial, en lo referido a asuntos del corazón, parecían obligadas a seguir un manual de estrategias de otra galaxia..., un reino distante y anacrónico que parecía sacado de una novela de Jane Austen. Para mi sorpresa, el tema recurrente de nuestras conversaciones pronto pasó a ser el matrimonio. Hablaban de ello como quien habla de una uña encarnada: con urgencia, como de un cierto dolor exasperado, y sabiendo a ciencia cierta que, si no se ocupaban de ello en un futuro inminente, las cosas empeorarían.

Como noté que algo no encajaba, empecé a indagar más allá del ámbito de mis compañeras de redacción. Tres años y varios cientos de entrevistas después, la curiosidad me ha llevado a comprender la historia del auge y desarrollo de China desde una perspectiva completamente distinta. Una historia que comienza con una nación comunista, rural, empobrecida, donde el matrimonio era universal, obligatorio y el único medio de subsistir para la mujer. Adelantamos el reloj más de treinta años hasta llegar a una superpotencia económica, urbana y globalizada, donde el matrimonio se vuelve discrecional con gran rapidez, una institución a la que un número cada vez mayor de mujeres bien preparadas solo se comprometen tras desarrollarse a nivel personal y profesional de forma un poco más plena, si es que se comprometen. Es un factor a tener en cuenta en las secuelas de una nación que aún se tambalea por la onerosa política de un hijo por pareja, que ha provocado un desequilibrio demográfico abrumador,

y ahora las nuevas placas en este cambio tectónico incontrolado de proporciones sociales, económicas y demográficas comienzan a tomar forma.

En el centro del cambio está la idea de que, a pesar de los superlativos deslumbrantes de China, todavía hay hebras de su cultura que permanecen arraigadas de manera inextricable en la tradición. Las más significativas e inexorables son las concernientes a la presión social para casarse. Aunque se da en varios niveles en distintas culturas y religiones, en China es especialmente destacable, pues el matrimonio tiene la fuerza social de una apisonadora. Esta fuerza hace que casar a su retoño sea la misión de casi todos los padres con hijos menores de treinta años. Después de esta edad, la misión se convierte en una cruzada.

En la mayoría de los casos, los padres lo hacen con buena intención. Creen de verdad que lo mejor para sus hijos es asegurarse de que los azuzan como corresponde para que cumplan con el deber de casarse tan pronto como sea posible, pero hay una desconexión cultural formidable entre los progenitores —que se criaron en la pobreza y en medio de una revolución— y su progenie, que ha crecido durante el auge económico y la consolidación de la individualidad en una sociedad colectivista feroz. Esta desconexión cultural es la esencia de un conjunto complejo y con infinitos matices de valores, obligaciones, tradiciones y tensiones cuestionables que definen la China moderna, donde, como los carrilones dejados al viento continuo, los cambios en las políticas y patrones en el matrimonio han proclamado las alteraciones más significantes en el clima sociopolítico de China. Así ha sido durante los últimos quinientos años: un periodo en el que —es crucial señalarlo— el matrimonio ha sido la piedra angular y la cúspide de la vida de la mujer.

En poco más de treinta años, todo aquello cambió. Sobre todo, para las mujeres, el matrimonio se ha vuelto un imperativo cada vez menor, en gran parte por las oportunidades educativas y profesionales sin precedentes que han acompañado las reformas de China comenzadas en 1979. Algunos elementos de esta evolución seguramente le sonarán al mundo occidental, donde antiguamente las mujeres se dejaban ver (en la cocina), pero no oír (en el trabajo), aunque hay un puñado de factores destacados que hacen bastante alarmante la situación de China. Lo más significativo son los más de treinta millones de abortos e infanticidios femeninos durante los años de apogeo de la política del hijo único, y que han resultado en un número elevado de hombres pobres y sin educación en zonas rurales condenados a permanecer sin esposa tan solo porque no hay mujeres suficientes en China con las que casarse. Al otro lado de este desastre demográfico en potencia, están las hijas únicas en zonas urbanas: mujeres cuyos padres eligieron traer una niña al mundo en una época en la que todo el mundo quería un varón. A estas mujeres, por falta de cromosomas xy con los que competir en la familia, les brindaron oportunidades y recursos sin precedentes que previamente puede que estuviesen reservados para la progenie masculina. Llegaron al mundo en un momento en que China estaba ampliando de manera considerable el número de instituciones de educación superior y se las instaba a estudiar, tener éxito, adquirir bienes y honrar a su familia como si fuesen varones. Aun así, al contrario de lo que Mao y sus discípulos modernos nos han hecho creer, parece que las mujeres no han sido capaces de hacerse un hueco junto a los hombres y de trabajar como compañeras en igualdad de condiciones.

Como cimienta de una población de mujeres bien preparadas que entran en el mundo de los trabajadores de traje y

corbata en números que rivalizan y superan a los de los hombres, las «mujeres desechadas» son el eje central del crecimiento y el desarrollo del país. Trasmiten un cambio cultural tan grande que no solo define la China contemporánea, sino también el mayor y más especial movimiento demográfico de nuestra era.

Para asimilar por completo la magnitud de la transición, debe contextualizarse en un esquema de desarrollo mayor. La mitad del mundo, Estados Unidos incluido, lo ha atravesado de lleno. Las mujeres estadounidenses han sido quienes más títulos universitarios han obtenido en el país desde 1981, pero hasta 2014 las profesionales con títulos universitarios no tuvieron las mismas posibilidades de casarse y tener hijos que sus compañeros sin formación superior. Anteriormente, acceder a la educación y ser ambicioso solía significar que debían privarse de tener pareja estable en beneficio de una carrera, pero los límites se desdibujan, la organización del tiempo vital cambia y comienzan a aparecer nuevas prioridades. Nos estamos convirtiendo en un mundo que globaliza las clases sociales, en lugar de las culturas. Una mujer bien preparada y profesional en Pekín o Shanghái tiene ahora más en común con una mujer con idéntica preparación y capacidad profesional en Nueva York o Los Ángeles que con una mujer china que trabaja en una fábrica en una ciudad a una hora de tren. Hace una generación, habría sido inaudito.

Sigue abierto el debate de si esto sirve para celebrar la globalización o para lamentar la homogeneización, aunque está claro que cuando eliminas las idiosincrasias de las cargas demográficas, económicas y sociopolíticas de China, lo que queda es un país en el que las mujeres comienzan a enfrentarse a los mismos retos que las estadounidenses han estado capeando durante décadas. ¿Por qué no aúnan sus fuerzas y

sus voces? ¿Cuánto más podrían haber aprendido y logrado si estos problemas se tuviesen en consideración a escala internacional?

En todo el mundo, un número cada vez mayor de mujeres defienden el derecho a decidir su futuro. Independientemente de que esto signifique poder decidir dónde o qué estudiar; con quién, cuándo y si quieren casarse; si desean tener hijos o no, o cómo definir mejor —y el modo de conseguirlo— el ideal, siempre tan evasivo, de «tenerlo todo». El número de mujeres que se atreven a dar el paso para alcanzar una vida más satisfactoria no deja de aumentar. Así debe ocurrir también con el diálogo.